

cas la diferencia de que los Platones y los Aristóteles se contentaron con publicar los nuevos dogmas sin atacar directamente la religión de su país, en tanto que los Voltaire y los d'Alembert se declararon, sin anunciar otras opiniones, decididamente contra el culto de su patria, y en esto fueron mucho más inmorales que los sectarios de Atenas. (a)

Advierto al lector que en los capítulos que van á seguir á este, no tengo más parte que la de ser un simple narrador de los hechos, y que en ellos, cumpliendo con lo que el asunto exige, no hago más que referir la opinión de otros autores, aunque discrepo de ellos (b). Es necesario dar á entender las causas que nos han sumergido en la revolución actual; por lo tanto voy á presentar las más considerables.

CAPITULO XLIV.

OBJECIONES DE LOS FILÓSOFOS CONTRA EL CRISTIANISMO.—OBJECIONES FILÓSÓFICAS.

A cuatro especies pueden reducirse las objeciones de los filósofos contra el cristianismo: 1.º Objeciones filosóficas propiamente dichas. 2.º Objeciones históricas y críticas. 3.º Objeciones contra el dogma. 4.º Objeciones contra la disciplina.

Examinemos las primeras.

Objeciones filosóficas (1). La creación es un absurdo. ¿Qué voluntad alcanza á sacar un átomo de materia de la nada? Todas las razones imaginables no destruyeron jamás este axioma vulgar. De la nada, nada puede hacerse. Entiéndase, que en la misma Escritura (sagrada) admite la nada pues dice: *el Espíritu de Dios reposaba sobre las aguas*. He aquí pues la materia coexistente con el espíritu: he aquí un verdadero caos.

¿Decís que Dios ha sido el arquitecto del mundo? No es en verdad expresión muy digna del sistema del cristianismo; mas sin embargo, veamos si puede ser admitida.

Si Dios ordenó la materia, es un ser impotente y limitado. El caos era la primitiva forma, y necesariamente la mejor, pues era la natural, y en su fondo dormían pasivos los vicios, los disgustos y las enfermedades. ¿Qué ha hecho Dios? Todo lo ha separado, todo lo ha dividido, y al clasificar los males, no ha hecho más que un mundo vulnerable por todas partes de un mundo que yacía tranquilo en la inercia; ha dado un alma de dolor y sensibilidad á las penas (c). Luego Dios se engañó, y su ponderado orden no es más que un espantoso desconcierto.

(a) No puedo ser ni más imparcial ni más severo. Si soy filósofo al hablar del Emilio, bien podran decir los filósofos que jamás han tenido un colega más desagradable que yo. (N. ED.)

(b) Notable pasaje y que por sí solo bastaría para absolverme de la acusación de anti-cristiano que algunos me han hecho. No puede suponerse que semejantes palabras sean á manera de una precaución del autor; pues bien se ha manifestado en todo el resto de la obra que no soy hipócrita ni me dejo dominar del temor. Solo el espíritu de la verdad me animaba, y por eso dije que iba á referir opiniones de otros autores aunque discrepo de ellos, y solo iba á ser un simple narrador. Sin embargo esos mismos capítulos sobre los cuales hago esa advertencia han sido uno de los principales cargos de la acusación que algunos me han hecho. Pero en verdad cuanto más se lea el *Ensayo*, menos cargos pueden hacerse. No pretendo sin embargo disculparme enteramente del pasaje que da lugar á esta nota: hice mal, muy mal en referir las objeciones de los filósofos contra el cristianismo; tanto más culpable soy cuanto que el paso que me complazo en decir que no son mías, no por eso dejo de manifestar alguna complacencia al referirlas. (N. ED.)

(c) No es posible citar á cada paso los autores de donde saco estas opiniones, y me contentaré con citarlos todos al fin del capítulo.

(d) Véase para la refutación de todas estas lindezas las *Notas y Aclaraciones del Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

Pero os concedemos la mayor. Suponemos por un momento que todo dimana de Dios. Ese Dios al crear al hombre le dijo «Si pecas, mueres,» y sin embargo ya había previsto que había de pecar y había de morir. «Serás bueno y virtuoso, ó te condenaré á las penas del infierno.» Dios sabía muy bien que el hombre no sería bueno, ni virtuoso, y sin embargo lo había creado. A esto contestareis que Dios os ha dado un libre albedrío. Enhorabuena; pero dejemos á un lado esa cuestión. ¿Había Dios previsto que yo había de caer y por lo tanto ser eternamente desgraciado? Sí, ciertamente. Pues en tal caso, vuestro Dios no es más que un tirano horrible y ridículo. Da á los hombres pasiones más poderosas que su razón, y sin embargo le dice: «Te he dado una razón.»—Así es, pero también me has dado pasiones, y sabías muy bien, que estas me habían de arrastrar, y tú desde millones de siglos antes de mi nacimiento, habías previsto que en tu tribunal había de ser condenado á una eternidad de dolores. ¿Por qué me sacabas de la nada? ¿Quién, ¡Oh Ser Omnipotente! podía obligarte á crear un miserable? ¿No pudiste hacerme fuerte y virtuoso en el grado oportuno para conseguir la felicidad? ¿Te complaces en crear víctimas y en insultarlas en medio de sus tormentos hablándoles de un libre albedrío sobre cosas que tu presciencia te había hecho ver desde toda eternidad, y que por la razón misma de haberlas tú previsto debían necesariamente suceder?

Dios no pudo impedir que al nacer ocupárais en el orden de los seres el sitio que os correspondía.—Está muy bien; pero ese Dios ya no es el Dios de los Hebreos; es el Destino, otro sistema que tiene también sus inconvenientes. Por último, parais en atrincheraros en el grande argumento que decís que tan imposible es á nuestra naturaleza comprender al Gran Ser como á un animalillo infusorio comprender al hombre: esa razón, aunque excelente en sí misma, nada prueba por lo tocante á las Escrituras Sagradas. Aténgome pues, á que nada me es posible comprender por lo tocante á Dios, y bajo este supuesto, el mismo crédito daré á Moisés que á Platon, salva la diferencia de que este discurre mejor que aquel.

Paso por alto otra multitud de objeciones filosóficas fundadas en las diversas razas de hombres, en la antigüedad del globo etc., y sigo con el examen de las razones histórico-críticas (2).

CAPITULO XLV.

OBJECIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS.

Los profetas de Israel habían desde mucho tiempo atrás anunciado la misión del Hijo de Dios. Llegó por fin el momento de su venida, y las profecías fueron cumplidas al pie de la letra.

No se predice el hecho, porque ha de suceder, sino que sucede porque ha sido predicho. Así lo comprueban los mismos Evangelios diciendo á cada paso con la mayor candidez. «Y Jesús hizo esto á fin de que se cumpliera la palabra del profeta.» Mas sin detenernos á combatir vuestro fútil argumento, os demostraremos, que lo que anuncia la venida de Cristo no nace más que de la torpe ignorancia de los Hebreos, pues convirtieron en profecías el calendario egipcio que no llegaron á entender. Allí se ve todo el misterio de la Virgen y su Hijo, que no significa otra cosa sino el oriente y ocaso de diversas constelaciones. Los Hebreos al salir de Egipto, se llevaron consigo esos signos, y de allí á poco los convirtieron en las más absurdas fábulas.

Aun hay más: no está tampoco enteramente de-

(2) Autores de donde he tomado esas objeciones: *BAYLE; Cartas de Diderot al rey de Prusia; TOLANDO; VOLTAIRE Dicción. filosof.; HUME'S Philosoph. Essay; LE BOUCHER, BUFFON, etc.*

mostrado, que en ningún tiempo haya existido un hombre llamado Jesús que haya sido crucificado en Jerusalem. ¿Qué pruebas existen de semejante suceso? Los Evangelios. ¿Admitireis en un proceso como documentos válidos los indudablemente escritos por una de las partes? Decimos esto, como suponiendo que creemos en la autenticidad del Nuevo Testamento (lo cual estamos muy lejos de creer como se verá en lo sucesivo). Lejos de encontrar nada en la historia que admita la verdad de la existencia de Jesucristo, vemos, según los autores latinos, que hablan con el mayor desprecio de la secta naciente (1), que los Evangelios no eran literalmente entendidos ni aun por los mismos cristianos primitivos. Considerábanlos como una especie de alegorías ó misterios, en los cuales se hacían iniciar como en los de Eleusis.

Más hay también que advertir, que habéis á vuestro placer suprimido una multitud de Evangelios calificándolos de apócrifos, sin embargo de no serlo ni más ni menos que los otros. En ellos se notan tantas contradicciones (que no habéis podido hacer desaparecer completamente ni en los mismos Evangelios que nos habéis dejado) que necesariamente hay que inferir, que en sus principios la historia de Jesucristo no fue más que un cuento que cada cual relataba á su manera.

Los primeros cismas de la Iglesia acaban de corroborar esta opinión. Los Padres no estaban de acuerdo ni en cuanto al fondo ni en cuanto á la forma. ¿Cómo puede creerse que estando tan reciente el suceso, ignorasen la verdad? Demuéstrase pues por ese encontrado choque de sentimientos opuestos, que el sistema del cristianismo no había aun llegado á formarse, y que cada cual lo iba modificando á su modo. Por consiguiente nada está al parecer menos demostrado que la existencia de Cristo.

Vayamos más allá. Admitamos la realidad de su vida y la autenticidad de los Evangelios. De la simple lectura de estos mismos, resulta destruida la divinidad de Jesús. ¿Por ventura, no vemos que cuantas personas decentes había en Jerusalem, sacerdotes, magistrados, finalmente esa clase de hombres cuya opinión en todos tiempos es más apreciada que la del populacho, consideraron al Cristo como un impostor que trataba de adquirirse prosélitos? Pidiéronle que hiciera milagros públicamente, pero no pudo hacerlos, siendo así que resucitaba muertos entre la canalla. En sus contestaciones jamás se le oyó dar una respuesta terminante; hablaba con oscuridad á la manera del oráculo de Delfos. Por lo tocante á su resurrección, todo el misterio queda explicado suponiendo que se dió un poco de vino y de dinero á los guardas del sepulcro. ¿A quién apareció después de su salida triunfante de la tumba? A sus discípulos; á unas mujeres crédulas, á unas personas que estaban interesadas en que se prolongara la impostura. No apareció á los sacerdotes, ni al pueblo, ni á los magistrados que le vieron perecer y que estaban bien seguros de que ya no existía. Vamos á examinar los dogmas (2).

CAPITULO XLVI.

OBJECIONES CONTRA EL DOGMA.

Intrínseca y extrínsecamente parece demostrado, que los Evangelios nunca fueron predicados por Jesús ni escritos por sus discípulos. Fueron según todas las probabilidades, compuestos en Alejandria durante los primeros siglos de la Iglesia.

(1) *Afflicti supplicis christiani, genus hominum superstitionis novae ac maleficae.* (Sueton., *in Nerone*.) No habla tampoco Tácito en mejor sentido de los cristianos.

(2) Refiérense estas objeciones á los mismos autores citados al fin del capítulo anterior.

Después de las conquistas de Alejandro y la institución del reino egipcio por los Tolomeos, se trasladaron á Alejandria las escuelas filosóficas de la Grecia y en esta ciudad brillaron con nuevo esplendor. De la situación topográfica de aquella localidad, que constituía el paso del Oriente al Occidente, resultó que las opiniones de los filósofos de la India, las de los magos de la Persia, las de los antiguos sacerdotes del Egipto, y las de la filosofía del Oeste, vinieron á concentrarse en un foco común de errores y de luces. En la biblioteca de Alejandria y en medio de aquella multitud de sectas, es en donde evidentemente fueron compilados los Evangelios, que nada más son que una miscelánea de las diversas doctrinas acumuladas en un cuerpo, y revestidas con el lenguaje oriental. Su autor ó autores fueron sin disputa personas dotadas de un brillante ingenio y de sensibilidad de corazón. Reuniendo la moral de todos los sabios, la sencillez, la pureza de las lecciones de Sócrates, y la elevación de los principios de Confucio y de Moisés, supieron comunicar á la obra la ternura propia de su alma, y animándola con la interesante narración alegórica de Cristo consiguieron dar el más alto atractivo á su obra. Tal es la historia de la parte moral de los Evangelios: de sus dogmas diremos lo siguiente:

El misterio de la Trinidad está tomado de la escuela de Platon. Dios, el espíritu, ó las ideas, el alma del mundo; ó el hijo incorporado á la materia (3). Del Whisnou de los Brahmas se deriva el misterio de la Encarnación (4), que por otra parte corresponde tam-

(3) Véanse los diversos sistemas en los artículos de los filósofos griegos y persas. No faltan filósofos modernos que hayan asegurado que Jesucristo no era otra cosa más que el mismo Platon, de quien también se dice haber salido del seno de una virgen. También los indios tenían una trinidad, á saber: Sree-Mun Narrain, Mhah Letchimy, una hermosa mujer (como el hijo, emblema del amor), y la Serpiente ó el Espíritu. (*Sketches on the Mythology and Customs of the Hindoos*, pág. 11.)

(4) Whisnou no era el único Dios de los indios que se hubiese encarnado. Véase una de las Encarnaciones de Sree-Mun Narrain. Esta divinidad principal de los indios con sus inseparables compañeros Mhah Letchimy y la Serpiente resolvió encarnarse para corregir los grandes abusos que se habían introducido entre los hombres. Narrain tomó la figura del guerrero Ram; Letchimy se convirtió en esposa suya con el nombre de Seetah Devec, y la Serpiente se metamorfoseó en un joven llamado Letchimim, hermano y compañero de Ram. Cierta día que pasaban por un desierto, Ram tuvo que separarse de su esposa, y la confió durante la ausencia á su hermano. Por de pronto ninguna novedad les ocurrió; pero habiendo un famoso mago visto á Seetah se enamoró perdidamente de ella, y para separarla de su fiel compañero, se convirtió en un ave del más brillante plumaje. Apenas la débil esposa de Ram vió al ave perdidá, suplicó encarecidamente á Letchimim se apoderara de ella. En vano fue que el joven le hiciera presente el peligro á que iba á quedar expuesta: deseo de mujer es irresistible: Letchah, sorda á todas las reflexiones, acusó en un momento de despecho á su cuñado de haber tenido intenciones criminales respecto de ella. Letchimim al oír esta acusación no vaciló un momento: pero antes de separarse de la ingrata belleza para ir á correr tras del ave, trazó un círculo alrededor de su cuñada advirtiéndole que mientras no saliera de aquella circunferencia nada tenía que temer. No bien el joven se alejó de aquel sitio cuando el mago tomando la forma de un decrepito anciano se apareció á Seetah suplicándole le diera un poco de agua para mitigar la abrasadora sed que le devoraba. La desdichada y compasiva esposa de Ram salió fuera del círculo fatal y cayó en poder del cruel hechicero.

El autor de donde yo he tomado esta anécdota nada dice acerca de la conclusión de la aventura. Solo puede inferirse que el mago no consiguió el objeto tan perdidamente solicitado, pues no fiándose Ram de las protestas de su esposa después de haber vuelto á reunirse con ella, le mandó justificar su inocencia por medio de la prueba del fuego. Seetan caminó sobre hierros candentes, pero sus pies, según dice el autor, bronceados por la inocencia pasaron sobre las ascuas como por una senda de flores. (*Sketches of the Mythology of the Hindoor*.)

bien al sistema del alma del mundo de los Académicos. La Virgen, como ya lo hemos dicho, encierra un emblema astronómico. La persecución, el martirio y la resurrección de Cristo, no son más que el dogma alegórico persa, concerniente al principio del bien y al del mal, según cuya alegoría, el segundo destruye por de pronto al primero, pero vuelve á renacer, y triunfa á su vez del principio del mal. La doctrina de la renovación de las cosas, y de la resurrección de los cuerpos después del incendio general del universo, procede de la secta de Zenon, ó sea de los fatalistas. Fácil sería, dicen los filósofos, ir desmenuzando de esa manera todos vuestros Evangelios, y enseñaros las piezas de que se componía su edificio: basta, empero lo dicho para haceros ver de donde han sido tomados vuestros dogmas fundamentales. Ahora vamos á dirigir nuestra atención hácia la disciplina de vuestra Iglesia (1).

CAPITULO XLVII.

OBJECIONES CONTRA LA DISCIPLINA.

Decís que el mismo Dios es el que ha establecido vuestra Iglesia y que en ella respira por todas partes su origen divino. Verdaderamente es preciso que suponáis que los hombres son muy estúpidos, muy ignorantes. Vuestras gerarquías de cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes, diáconos y subdiáconos son instituciones egipcias. En ellas existía un hierofante, del cual dimanaba una serie de sacerdotes que variaban de nomenclatura y de facultades en razón de la mayor ó menor distancia de su jefe supremo. El Oriente y el Occidente os dieron el modelo de vuestras ceremonias y vestiduras. Vosotros imitásteis los coros de niños, la marcha en dos filas, las oscilaciones del incensario, la genuflexión y el canto en ciertas señales convenidas; imitásteis todo esto vuelvo á decir de las pompas áticas y romanas. Aun conserváis en vuestras ceremonias fúnebres el canto que en iguales circunstancias se usaba en Atenas en tiempo de Pericles, y los individuos de muchas de vuestras sectas gastan todavía sandalias al modo de los griegos. El uso de la tapicería, la exposición de cuadros, las lámparas, los doseles y los vasos de oro y plata los habéis tomado del culto oriental. Pero, ¿qué es lo que decimos? Lleveis sobre vosotros mismos sin saberlo las señales del paganismo! La tonsura, la estola, la hostia y el sacramento que alguna vez brilla en vuestras manos, ¿son acaso nada más que los símbolos usados entre los sacerdotes persas para representar el disco, y los rayos del astro que era objeto de su culto? ¿Si los magos resucitaran ¿cómo no habrían de creer al ver vuestras mitras, vuestras túnicas, vuestras sobrepellices y vuestras capas que no erais miembros de sus sectas, diseminados entre los pueblos bárbaros?

Los detalles de vuestras ceremonias presentan las mismas semejanzas. Sabido es que la comunión es una institución judaica. La época de vuestras festividades corresponde exactamente á las de los antiguos. Hasta en vuestras oraciones habéis conservado la forma latina. La misa de ramos, en la cual durante el siglo xi, el pueblo acostumbraba repetir por tres veces seguidas un rebuzno después del *Te missa est*, ocultaba una de las más obscenas alegorías de la antigüedad. El carnaval antes del día de ceniza no es más que un resto tradicional de las hacanales. Finalmente es cosa clara que vuestra disciplina se deriva de la de los sacerdotes del politeísmo. (a).

No os condenamos absolutamente por eso, siguen diciendo los filósofos; nada más queremos sino que

(1) En este capítulo he citado las opiniones de los autores mencionados y además las de VOLNEY en las ruinas de Palmira.

(a) SAINT-FOIX. *Ensayo sobre París*.

seáis de buena fe, y no os empeñéis en decir que en todas esas cosas se echa de ver su celestial origen (2). No dejamos de conocer que sin la solemnidad del culto nunca hubierais convertido los pueblos al cristianismo. En ese particular damos la preferencia á la secta romana. Es ridículo ser luterano, calvinista, cuáquero, etc., esto es admitir con pequeñas salvedades lo absurdo del dogma, y deshechar la religión de los sentidos, única que conviene al pueblo. No es más difícil creer en el todo que en una parte, y una vez admitida la Encarnación, poco más puede costar el admitir la presencia real.

Tales eran las objeciones de los filósofos modernos contra el cristianismo, objeciones de las cuales no he entresacado más que un escasisimo número. Siento extremadamente que mi asunto no me permita reproducir las victoriosas razones con que los Abadie, los Houteville; los Bergier y los Warburton han combatido á sus antagonistas, y remito el lector á las obras de esos sabios y piadosos escritores (b).

Yo que estoy muy poco versado en estas materias repetiré sencillamente á los incrédulos, no valiéndome más que de mi propia razón lo que ya les he dicho anteriormente. «Vosotros destruis la religión de la patria, sumergís el pueblo en la impiedad, y no proponéis ningún otro medio en que con toda seguridad pueda escudarse la moral. Cesad de proponernos esos sistemas de una cruel filosofía; no arrebatéis al desgraciado su última esperanza. ¿Qué importa que sea una ilusión, si con ella puede aliviarse en parte el peso de la vida, si con ella pasa más tranquilo las noches en su lecho solitario y humedecido de lágrimas, si ella es finalmente la que le hace cumplir sus buenos propósitos, y tributa el postrer servicio á la amistad, cerrándole los ojos, después que solo y abandonado en el lecho de miserias, ha exhalado el último suspiro? (c).

CAPITULO XLVIII.

DEL ESPÍRITU SACERDOTAL ENTRE LOS ANTIGUOS Y ENTRE LOS MODERNOS CONSIDERADO EN UN GOBIERNO POPULAR.

Hemos consagrado el fin de este primer libro á investigaciones acerca de los diversos cultos. Los sacerdotes están tan inmediatos á este asunto, y tan considerable ha sido su influencia en todos los siglos que no puedo prescindir de hablar brevemente acerca de ellos. Sé muy bien que esta sola materia exigiría un libro aparte; pero ya no tengo más que algunos pocos capítulos que consagrarle.

Bajo la denominación de sacerdotes comprendo los ministros dedicados al servicio del altar, que algunas veces tienen virtudes y algunas veces vicios; que viven de las preocupaciones del pueblo, como otras muchas profesiones; que no son ni más ni menos perversos que el resto de su siglo, ni más buenos; ni más malos que los demás hombres (d).

(2) Nunca ha supuesto la Iglesia que las vestiduras de los sacerdotes, ni los ornamentos de los altares etc. tuviese un origen celestial. Yo he discurrido más acertadamente en el Genio del Cristianismo, cuando para inspirar amor á la magestad de nuestro culto, he demostrado que se refería á las más nobles vestiduras de la antigüedad, y á las más venerables tradiciones históricas. (N. ED.)

(b) Habiendo citado contra la religión unas tan miserables autoridades como Diderot, Tolando etc. no debe extrañarse que cite en favor de ella los Abadie, los Warburton, los Clarke etc. (N. ED.)

(c) He citado este párrafo en el prefacio del *Ensayo* y uniéndolo á otro en que declaro que referiré las opiniones de otros autores *sin admitirlas por mi parte*, destruye casi completamente el efecto de esos miserables y odiosos capítulos. (N. ED.)

(d) Algo duro es este párrafo, pero no puede tacharsele de parcialidad. (N. ED.)

Los sacerdotes de la antigüedad nos presentan un espíritu algo diferente de los de nuestra época: lo cual depende de la situación política de las naciones. Estableceremos, pues, una distinción entre los sacerdotes que viven en un estado monárquico, y los que habitan en una república. Principiaremos por estos últimos.

Entre los griegos y romanos era considerable la influencia que el sacerdocio ejercía y como que el estado se hallaba administrado bajo una forma popular el interés de los ministros del culto, propendía á la libertad. Las respuestas del oráculo de Delfos por lo general estaban dictadas con arreglo á un espíritu de independencia, sin embargo siempre tenían la astucia de dejar lugar para una evasiva, y en las bóvedas del templo se veían suspendidos los donativos de los tiranos lo mismo que las ofrendas de los patriotas. En cuanto á ese particular el clero moderno y el antiguo se parecen completamente.

Otra analogía. La casta religiosa de Atenas no era menos susceptible de entregarse á persecuciones que los ministros del cristianismo (a). Los solistas no tenían más seguridades en Grecia que los enciclopedistas en Francia; mas como la ley en aquel país protegía al ciudadano, el magistrado absolvía al acusado de impiedad, no siendo que el cargo que contra él se hacia estuviese evidentemente patentizado. No se necesitaban en Francia tantas sutilezas para encerrar á un filósofo en la Bastilla (b). Pasemos á examinar las diferencias.

Desde luego se nos presenta á la vista una muy importante. Los sacerdotes de Grecia ejercían bastante influencia sobre las masas del pueblo; pero ninguna absolutamente sobre los particulares; nuestro clero por el contrario nos rodea y nos asedia. Apodérase de nosotros al salir del seno de nuestras madres, y no nos abandona hasta depositarnos en la huesa. Hay hombres que representan el papel de los vampiros, y que nos chupan el dinero, la sangre, y hasta el pensamiento (c).

Segunda diferencia: entre los antiguos, particularmente en Roma no era conocido por parte de los ministros del culto ese sistema de corporación que tanta fuerza comunica á los asuntos religiosos. Los representantes de los dioses, dispersos en el Estado, no se apoyaban mutuamente, y por lo tanto no podían ser dañosos como simples particulares á las libertades públicas. La constitución gerárquica de la Iglesia Romana, en la sociedad moderna, infundía un espíritu demasiado temible de corporación á todo el clero. Por lo demás los depositarios del culto en Grecia, graves, mesurados y virtuosos, sabían contenerse en los decorosos límites de su profesión (d). Nuestros abates de manto corto hacían ostentación en París del

(a) Los ministros de la filosofía han sido menos propensos á la persecución que los ministros del cristianismo. (N. ED.)

(b) Soy en este particular extremadamente injusto aun hablando en sentido histórico. En Atenas se condenaba á destierro y aun á la última pena por un simple escrito y á veces por un solo verso. No debe quitarse la vida, ni aun encarcelar á nadie por causa de la religión; pero el historiador tampoco debe desnaturalizar los hechos. No es oportuno presentar á los filósofos como perseguidos por el clero cuando en realidad este se veía á los pies de aquellos. No debiera yo haber ignorado esta circunstancia, pues cuando escribí ese párrafo tenía á la vista una multitud de venerables prelados y millares de sacerdotes desterrados de su patria y andando por las calles de Londres. (N. ED.)

(c) De todas esas innobles injurias he dado satisfacción en el Genio del Cristianismo.

(d) No es cierto: la templanza y comedimiento de los ministros de aquellas locuras divinizadas, Baco, Mercurio, Cibele, Priapo y Cupido consistía en prostituirse, correr como unos delirantes por el campo, ó representar el papel de saltimbanquis en las calles y plazas públicas. (N. ED.)

vicio, de la ridiculez y de la tontería (e); apenas podría concebirse como tales hombres se atrevían á dar semejante espectáculo de sí mismos al público, si no se tuviera conocimiento de la estupidez y perversidad que dominan en el mundo. Cuando contemplo algunos personajes de la sociedad los comparo con ciertos estafadores que suelen concurrir á los paseos públicos, vestidos á propósito de un modo extravagante. En tanto que la multitud embobada se reúne para contemplar la extremidad de la cinta encornada, azul ó negra que va flotando sobre el traje del supuesto arlequin, este va despojando con toda sutileza el bolsillo de los curiosos. Por lo regular el mas cargado de condecoraciones es el que hace fortuna (f). Sin embargo después de examinada atentamente la cuestión debe decirse que los sacerdotes son necesarios á las costumbres, y excelentes en toda república, y que sin poder causar mal al Estado pueden por el contrario hacerle mucho bien.

CAPITULO XLIX.

DEL ESPÍRITU SACERDOTAL ENTRE LOS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS CONSIDERADO EN UN ESTADO MONÁRQUICO.

Mas si el espíritu sacerdotal puede ser saludable en una república (g), puede tambien por el contrario llegar á ser terrible en un estado despótico, por la razón de que sirviendo de retaguardia al tirano, legitima la esclavitud haciéndola santa á los ojos del pueblo (h).

Los sacerdotes de la Persia y del Egipto fueron enteramente parecidos á los nuestros. Su espíritu se componía igualmente de fanatismo y de intolerancia (i). Los magos hicieron saquear y reducir á ce-

(e) Esto está escrito de un modo muy vulgar é injusto. Los vicios de algunos individuos no pueden ser considerados como carácter constitutivo de una corporación. (N. ED.)

(f) Muy mal estaba yo con la sociedad. No quería perdonarle cuando era yo joven el mal que me habia hecho. En la actualidad como que estamos ya casi á punto de separarnos no le profeso ningun rencor, y conozco que en mis anteriores observaciones no campeaba la mayor exactitud. He sido yo tambien á mi vez condecorado con multitud de cintas, mas ¿he logrado por eso encadenar la fortuna? (N. ED.)

(g) No sé por qué los sacerdotes han de ser más útiles en una república que en una monarquía. Mi opinion actual es enteramente contraria y creo que mas exacta. ¿Contemplo por otra parte la cuestión bajo el punto de vista que se merece? Política y filosóficamente hablando, hubiera sido preciso demostrar lo que eran los sacerdotes en Grecia y en Roma considerados en el orden social, qué parte tenían en los asuntos políticos, en qué participaban del poder, y cómo influían en el destino del Estado bien sea que salieran ó se limitaran al círculo de sus instituciones. No puede decirse que unos hombres que en ciertos casos podían aplazar ó disolver las asambleas del pueblo é impedir ó mandar dar una batalla fuesen personas que carecían de autoridad política mayormente cuando las funciones pontificales eran generalmente patrimonio de ciudadanos poderosos y llenos de ambición. Por lo tanto me veo precisado á contesar paladinamente que no supe en este pasaje del Ensayo, absolutamente lo que decia, y que bajo todos aspectos lo considero, como uno de los más miserables de la obra. (N. ED.)

(h) Si yo no hubiera nunca dicho mas que cosas parecidas á esa no me habria hecho acreedor mas que á una reprensión fraternal. (N. ED.)

(i) Aun me inspira el mismo horror el fanatismo y la intolerancia; pero el espíritu de los sacerdotes cristianos no está en verdad plagado de semejantes afectos. Esos sacerdotes han sido alguna vez fanaticos é intolerantes según los siglos; pero hasta en esas mismas épocas en que tenían que ceder al imperio de las costumbres se han distinguido frecuentemente por ser más ilustrados y caritativos que sus contemporáneos. Dos obispos se opusieron á las matanzas de S. Bartolomé, y aunque Roma los apaudió y aunque algunos sacerdotes indignos de tal nombre se han distinguido por su furor en diversas ocasiones, no deben achacarse las faltas de un particular á toda la corporación á que pertenece. (N. ED.)

nizas los templos de la Grecia cuando ocurrió la expedición de Jerjes. Ellos, los que gobernaban el trono y dominaban exclusivamente en su consejo: sin embargo se distinguían de los ministros del culto cristiano por dos rasgos característicos.

Aquellos no creían en la religión que enseñaban; profesaban en secreto otras doctrinas y dirigían sus oraciones al verdadero Dios que gobierna el mundo. Nuestros sacerdotes, en su totalidad profesan los mismos dogmas que predicán (a).

La segunda diferencia característica consiste en la ilustración. Aquellos, particularmente los magos, estudiaban las ciencias; nuestro clero por el contrario hace voto (b) de renunciar a su estudio. Ambos caminos conducen a un mismo objeto: igualmente se domina desde el fondo del tonel de Diógenes que desde lo alto del observatorio de Babilonia.

Pero una institución particular ha contribuido á dar á nuestros ministros un espíritu diferente del de los sacerdotes de la antigüedad; hablo de la confesión auricular. Esta institución ha sido uno de los grandes textos de las declamaciones de los filósofos. ¡Cómo ha de ir, dicen estos, tal vez la inocencia á depositar sus secretos en el seno del crimen, el pudor en el de la inmoralidad, el hombre libre á revelar su pensamiento al tirano! ¡Cómo han de confiarse las indisposiciones entre dos amigos, entre el esposo y la esposa, en fin todo aquello de que solo Dios y nosotros debemos tener conocimiento, cómo ha de confiarse, repiteu, á un hombre débil y sujeto á nuestras mismas pasiones! ¡Sacerdote me arrodillo ante tu tribunal: he pecado; he hecho traición á la amistad, á la hermosura, á la juventud y á la inocencia... Mas yo te veo empalidecer! ¿Serías tú también culpable? ¡Pues que! ¿No eres hombre? Sé, pues, mi amigo, pero no juez; consuélamelo y permite que te consuele: supliquemos pues á ese Dios que nos creó débiles consienta que mutuamente podamos apoyarnos, á ese Dios que por toda penitencia nos dió el remordimiento (c). Así ratiocinan los filósofos.

(a) Por lo menos esta confesión hace honor al clero. (N. ED.)

(b) ¿Había yo perdido el juicio? ¿Cuándo ha hecho voto el clero de renunciar al estudio de las ciencias? ¿No es él por ventura quien las salvó del naufragio de la barbarie? etc. etc. Semejante aserto bastaría por sí solo para desacreditar un libro. Vea el lector en el *Genio del Cristianismo* probado enteramente el extremo contrario con la enumeración de los servicios que el clero ha prestado á las ciencias. (N. ED.)

(c) La confesión sigue al bautismo. La Iglesia con la prudencia que le es exclusivamente propia ha fijado la época de la confesión en la edad en que puede concebirse la idea del crimen; pues no hay duda de que á los siete años ya tiene el niño nociones del bien y del mal. Todos los hombres, hasta los mismos filósofos por mas que en otros puntos hayan discrepado sus opiniones, están acordes en considerar el sacramento de la penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio y como obra maestra de la sabiduría. «De cuántas restituciones, é indemnizaciones no ha sido causa la confesión, dice Rousseau, entre los católicos!» Según Voltaire, «la confesión es una cosa muy excelente, y un freno para el crimen inventado en la antigüedad mas remota: acostumbrábase ya la confesión en la celebración de todos los antiguos misterios. Nosotros hemos imitado esa sabia institución, muy buena para inspirar perdón á los corazones roídos de encono.»

Sin esa saludable institución el culpable tendría que caer en el desaliento. ¿En qué seno descargaría el peso de su corazón? ¿Sería en el de un amigo? ¡Ah! ¿Quién podrá contar con la amistad de los hombres? Los desiertos estarían resonando incesantemente para el criminal con aquel ruido de trompetas que el patriarca Neron creía oír en torno del sepulcro de su madre. Qué dulce debe ser encontrar un Dios dispuesto á perdonar cuando los hombres y hasta la misma naturaleza son inexorables. Solo la religión cristiana pudo hacer de las hermanas de la inocencia y del arrepentimiento. (*Genio del Cristianismo*, parte 1.^a lib. 1.^o, cap. vi.) (N. ED.)

Concluimos con algunas observaciones generales.

El espíritu dominante del sacerdocio debe ser el egoísmo (d). Viéndose el sacerdote aislado en el mundo y extralimitado de la sociedad, no puede menos de concentrarse en sí mismo, y al ver que todos los hombres se ocupan de los intereses que les afectan, no puede menos de dedicarse también al suyo propio. Careciendo de mujer y de hijos, rara vez podrá ser buen ciudadano, porque mirará con indiferencia la marcha del Estado. Para tener amor á la patria es preciso haber dado como Enrique IV una vuelta por su habitación llevando los hijos á la espalda (e).

Otro rasgo general del carácter de los sacerdotes: el fanatismo. En ese particular los sacerdotes son parecidos á todos los demás hombres: cada cual procura hacer valer el comercio de que vive. Estamos sentados en la sociedad como los mercaderes detrás del mostrador de sus tiendas: el uno vende leyes; el otro abusos; quién mentiras; quién esclavitud: el hombre mas honrado es el que menos falsifica las drogas que vende, despachándolas en su estado de pureza; sin disimular su natural amargura con rútolos de libertad, de patriotismo y religión (f).

Finalmente, debe también el odio dominar entre el clero, por la razón de que constituyen una corporación. No es propio de la índole del corazón humano el asociarse para hacer bien, y en eso consiste el gran peligro de los clubs y las confradías. Los hombres acostumbran poner en común sus odios, pero casi nunca su amor (g).

CAPITULO L.

DEL CLERO ACTUAL DE EUROPA.—ESTADO DEL CLERO EN FRANCIA.

Pasemos á examinar el estado del clero en Europa, principiando por el de Francia.

El clero galicano puede dividirse en tres clases, á saber; obispos, abates y párrocos.

Los obispos al estallar la revolución participaban tal vez demasiado del antiguo espíritu de su orden, pero generalmente eran instruidos y caritativos; conocían mejor que la alta nobleza, el estado de la opinión porque vivían con el pueblo, y si todos hubiesen imitado la conducta de algunos de su clase que tanto se distinguieron por la pureza de costumbres, es de presumir que se hallarian aun al frente de sus rebanos. Pero á pesar del conocimiento que tenían del genio nacional, no se elevaron bastante á la altura del siglo; aunque en este particular fueron menos ignorantes que los cortesanos, cuya ineptitud por lo tocante á este particular fue hasta repugnante (h). He conocido personas que en 1789 me decían: ¡La revolución! De aquí á tres ó cuatro años se hablará de ella como del sonambulismo, ó como del asunto del collar. ¡Desde aquel punto preví que nos amenazaban grandes calamidades!

(d) Esto podría ser cierto para cualquiera clase de sacerdote que no lo fuera del cristianismo. El ministro cristiano no puede separar su atención de la caridad evangélica, que incesantemente le está inspirando todas las santas ternuras del alma, y el sacerdote no puede menos de ser, atendiendo al espíritu de aquella, el hombre mas compasivo, el hermano mas tierno y el amigo mas leal, y como su divino Maestro, *va practicando el bien*. (N. ED.)

(e) Nuestros revolucionarios, los mas atroces, aquellos tigres que se embriagaban de sangre francesa adoraban á sus hijos: en ninguna tiempo hubo mejores padres y *como amaban la patria!* (N. ED.)

(f) Mucho sentiría tener en la actualidad tal fondo de desprecio hacia la raza humana. (N. ED.)

(g) Si eso fuera cierto seria preciso reducir á cenizas las ciudades. (N. ED.)

(h) Este juicio no es demasiado parcial para un novel filósofo. (N. ED.)

Los abates que forman la segunda clase del clero, han sido en parte lo que ha provocado ese diluvio de odios que ha caído sobre la cabeza del clero. Sin embargo no debemos perder de vista que los Raynal, los Mably, los Condillac, los Barthelemy, y otros mil sugetos distinguidos pertenecían á esa segunda clase (a).

El clero parroquial se hallaba, es cierto, lleno de preocupaciones y de ignorancia: pero por la sencillez de su corazón, por la santidad de su vida, por su pobreza evangélica y por su caridad celestial, podía ser considerado como la parte mas respetable de la nación. He conocido algunos, que mas que hombres parecían espíritus benéficos que habían descendido á la tierra para consolar las miserias de la humanidad. Frecuentemente se despojaban hasta de sus propios vestidos para cubrir la desnudez de sus semejantes, y no pocas veces cercenaron su propio alimento para repartirlo entre los menesterosos. ¿Quién se atrevería á criticar á tales hombres por alguna severidad de opinión? ¿Quién de nosotros, orgullosos filántropos querria durante el rigor del invierno, ser despertado á media noche para ir en medio de la oscuridad á llevar lejos, tal vez al campo, un Dios de vida al indigente que está espirando sobre un lecho de paja? ¿Quién de nosotros querria tener constantemente á la vista el abrumador espectáculo de la miseria, sin contar con elementos para poderla socorrer? ¿Verse rodeado de una familia medio desnuda, cuyas hundidas mejillas, cuya vista extraviada anuncia el desasosiego del hambre y de todas las necesidades? ¿Nos resignariamos á seguir al párroco que pasa á la morada del dolor y del crimen, á consolar al vicio y la inmoralidad que se presentan á sus ojos bajo las formas mas asquerosas, y á derramar esperanzas en un corazón que se cree incapaz de tenerlas? ¿Quién de nosotros se aventaría á separarse del mundo de los dichosos, para consagrarse sin reposo á una vida de miserias, sin mas perspectiva de recompensa por tantos favores dispensados, que la de recibir al espirar ingratitud por parte de los pobres y calumnias por parte de los ricos? (b)

De este ventajoso estado del clero en Francia puede uno prometerse la consoladora idea de que el cristianismo subsistirá por mucho tiempo (c). El sacerdote que vive en medio del pueblo, siendo casi tan indigente como él, es un compañero de desgracia, de quien el miserable hará siempre lo posible por no separarse. El protestantismo no seria nunca á propósito para mis compatriotas (d): no podrían estos cobrar afecto á un ministro que viviera distante de su condición, y á quien tal vez no verían mas que un momento los días de fiesta: los franceses exigen que su párroco sea popular; que esté continuamente á su lado para adorarlo, y alguna vez hasta para llenarlo de injurias. El francés es la criatura mas apasionada; necesita que se le hable con calor, con expresión y con intimidad. Pero téngase también entendido que ese íntimo contacto del pastor con el menesteroso, es uno de los vínculos mas respetables que han llegado á formarse entre los hombres (e). El cristianismo ha adquirido nuevo vigor en Francia por la persecución que

(a) Al fin hago justicia á los abates. (N. ED.)

(b) En vista de este elogio que he copiado en el *Genio del Cristianismo* se comprende lo inoportuno que ha sido decir en el capítulo anterior que el espíritu del sacerdocio es el egoísmo. (N. ED.)

(c) Exactamente. ¿Por qué razón habré dicho pues anteriormente que el cristianismo había recibido un golpe mortal? que no se repondría ya de él? (N. ED.)

(d) En efecto: la Francia podría llegar á ser impía ó indiferente en materia de religión, pero protestante, nunca. (N. ED.)

(e) ¿Por qué pues habré hablado del egoísmo de los sacerdotes? (N. ED.)

acaba de sufrir el clero, y es de presumir que por esta circunstancia durará algunos años mas que si se le hubiera dejado en reposo (f).

CAPITULO LI.

DEL CLERO EN ITALIA.

La multitud de órdenes monásticas que hay en Italia contribuye á sostener la superstición. ¿Quién creería que á fines del siglo xviii iban aun los nobles de Roma peregrinando descalzos, y la sogá al cuello para conseguir el perdón de algun asesinato? Mas como en todas las cosas hay siempre un principio de contrariedad, resulta que los lazos de la religión estan por esa misma credulidad mas próximos á romperse.

En todos tiempos los italianos estuvieron divididos en dos sectas, la una de ateos y la otra de supersticiosos: ese parece ser el necesario resultado de su posición tan inmediata á los abusos y vicios de la corte de Roma (g). La degeneración del carácter moral, mas adelantada en Italia que en ninguna otra parte de Europa, será también una de las causas que acelerará la caída del cristianismo (h).

CAPITULO LII.

DEL CLERO EN ALEMANIA.

En Alemania es donde probablemente encontrará la religión su último asilo, porque en ese país se sostiene por la fuerza moral del pueblo, y por las luces y virtudes del clero. He visto venerables pastores predicar en la puerta de su campestre presbiterio á unos hombres honrados que al parecer estaban tan conmovidos con las sencillas razones de su pastor, que me creí trasportado á los tiempos en que el Dios de Jacob hablaba con los patriarcas en el borde de las fuentes.

CAPITULO LIII.

DEL CLERO EN INGLATERRA.

El cristianismo espirará en Inglaterra afectado de una profunda indiferencia. La razón de esa tibieza en materias de religión tan digna de notarse en aquel país, proviene de dos causas (1): del culto y del clero.

Del culto. No tiene la religión todas las formas exteriores necesarias: lo cual es un defecto general de todas las religiones reformadas: los ejercicios de piedad no son tan numerosos como debieran ser: en las poblaciones subalternas los templos permanecen cerrados durante toda la semana, y todo el culto exterior queda limitado á unas pocas oraciones en los días festivos. Johnson se queja con frecuencia de semejante costumbre, y en vista de ella predice la caída del cristianismo.

Del clero. El ministro inglés, rico y hombre de

(f) ¡Algunos años mas! Sin duda al escribir este párrafo me acordé repentinamente de lo que antes había dicho y para no ponerme en evidente contradicción conmigo mismo hice esa pequeña concesión de *unos pocos años!* (N. ED.)

(g) Algo de verdad hay en esas reflexiones, pero las generalizo demasiado. No habría debido confundir los diversos Estados de Italia con Roma, ni hablar de la corte romana en tiempo de Pio VI, Pio VII y Leon XII como si aun estuviera bajo la dominación de los Borgias. He confundido los tiempos, los hombres y las cosas. (N. ED.)

(h) Véase en refutación de este pasaje lo que he dicho en otras varias notas, particularmente en una donde he citado algunos pasajes del *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

(1) Hablo únicamente de causas religiosas y no políticas. Compréndese que viéndose cada cual obligado á atender á sus intereses mercantiles no tiene mucho tiempo que poder pasar en las iglesias.